

RECUERDOS DEL PASADO

CAPITULO I

De cómo el Santiago del año de 1814 al de 22 no alcanza a ser ni la sombra del Santiago de 1860.

¿Qué era Santiago en 1814? ¿Qué era entonces esta ciudad de tan aventajada estatura hoi, para su corta edad, i que a las pretensiones mas o ménos fundadas de gran pueblo, renne aun las pequeñeces propias de la aldea?

Santiago de 1814 para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero, salvo el cielo encantado de Chile i el imponente aspecto de los Andes, una apartada i triste poblacion, cuyos bajos i macrotados edificios, bien que alineados sobre rectas calles, carecian hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya del titulado Reino de Chile, hasta su inmundo engaste, porque, si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su estension, al Norte el basural del Mapocho; al Sur el basural de la Cañada; al Oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, i el de San Miguel i San Pablo al Occidente.

Si la orla de Santiago era basura, ¿qué nombre podria cuadrar a los campos que arrancaban de ella, vista la indole apática i satisfecha de sus ceremoniosos hijos?

Solo el valle oriental del pueblo, merced a las aguas del Manzanares chileno i a las de los cristalinos arroyos que surjen de los primeros escalones de los Andes, era un verdadero jardin comparado con los yermos campos que se estendian al Norte, al Oriente i al Sur de nuestra capital.

El Llano de Maipo, verdadera hornaza donde el sol estival caldeaba sin contrapeso el sediento pedrero, solo ostentaba en vez de árboles, descoloridos romeros, i en vez de pastos el fugaz *Pelo de raton*. Allí, segun el poético decir de nuestros *huasos*, ni el canto de las diucas se escuchaba.

¡Quién al contemplar la satisfecha sorna de nuestro modo material de hilar la vida, hubiera podido adivinar entónces, que andando el tiempo, esos inútiles eriazos visitados por vez primera el año 20 por el turbio Maipo, época en que este rio unió parte de su fecundo caudal con las escasas i siempre disputadas aguas del Mapocho, habian de ser los mismos por donde ahora brama i corre la locomotora al traves de las frescos arboledos que circundan mil valiosas heredades rústicas, en cada una de las cuales la industria, el arte i las comodidades de la vida parece que hubiesen encontrado su natural asiento! ¿Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecian la ciudad tras del basural de la antigua Cañada, se habian de convertir en parques, en suntuosas i rejias residencias, i lo que es mas, que el mismo basural se habia de tornar en Alameda de Delicias, paseo que sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí, la mas pintada ciudad de la culta Europa? Milagros todos, hijos lejitimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en la que rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros i el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campear por nuestra propia i voluntaria cuenta.

Pero no anticipemos.

Santiago, que veinticuatro años despues de la época a que me refiero, solo contaba con 46,000 habitantes, visto desde la altura del Santa Lucía, parecia, por sus muchos arbolados, una aldea compuesta de casas quintas alineadas a uno i otro lado de calles cuyas estrechas veredas invadian con frecuencia ya estribos salientes de templos i de conventos, ya pilastrones de casas mas o ménos pretenciosas de vecinos acaudalados; cosa que no debe causar maravilla, porque la Iglesia i la Riqueza nunca olvidan sus tendencias invasoras.

Nuestra capital solo contaba con una recoba i con una sola plaza mayor, en la cual se encontraban, junto con las mejores tiendas de comercio, la catedral, un convento de monjas, la residencia de las autoridades, el cabildo, i la inexorable cárcel pública que, a usanza de todos los pueblos de orijen español, ostentaba su adusta reja de fierro i las percas manos de los reos que, asidos a ella, daban audiencia a sus

cuotidianos visitantes. Era cosa comun ver todas las mañanas tendidos, al lado de afuera de la arquería de este triste edificio, uno o dos cadáveres ensangrentados, allí espuestos por la policía para que fuesen reconocidos por sus respectivos deudos.

Desde la puerta de la cárcel, i formando calle con la que ahora llamamos del Estado, se veia alineada una fila de burdos casuchos de madera i de descuidados toldos, que con el nombre de baratillos, hacian, entónces, las veces de las graciosas i limpias tiendecillas que adornan ahora las bases de las columnas del portal Fernandez Concha. Tras de aquellos repugnantes tendejones se ostentaba un mundo de canastos llenos de mui poco fragantes zapatos ababuchados, que esperaban allí la venida de los sábados para proveer de calzado a los hijos de las primeras familias de la metrópoli, porque parecia de ordenanza que a esos jovenitos solo debia durar una semana un par de zapatos de a cuatro reales el par.

En vez del actual portal Fernandez Concha, existia una baja i oscura arquería donde estaban colocadas las tiendas de mas lujo, verdaderos depósitos de abastos, en los cuales encontraba el comprador, colocados en la forma mas democrática, ricos jéneros de la China, brocados, lamas de oro, *gafetas*, zarazas, lozas i cristales, cuentas para rosarios, chaquiras, juguetes para niños, cuadros de santos, coheteitos de la China, azúcar, chocolate, yerba, quincalla, i cuanto Dios crió, alumbrado de noche con velones de puro sebo colocados en candeleros de no ménos puro cobre, con su obligado séquito de platillos de despaviladeras i de chorreras de sebo.

En medio de aquella plaza, que asi servia para las procesiones i para las corridas de toros, como para el lucimiento de las milicias, se veia un enorme pilon de bronce rodeado siempre de aguadores que, despues de llenar con mates (*calabazos*) los barriles de sus cabalgaduras, proveian de agua potable la poblacion; i a uno i a otro lado, con frecuencia una o dos horcas para los ajusticiados, sin que su tétrica presencia desterrase ni por un instante de aquella aristocrática plaza, la fatidica i permanente estaca que llamaban Rollo.

Valdivia ni soñó siquiera con la probable altura que, con el tiempo, debian alcanzar las casas de la capital cuando su recto trazado ejecutaba, puesto que sus calles, de regular anchura para casas de un solo piso, ya son angostas para casas de dos, i bastaria un piso mas para que quedasen condenadas a perpetua sombra.

Gozaban las casas de patios, de corrales i de jardines; todas ostentaban, por entrada, enormes portones, en cuyas robustas manos incian filas de abultados pernos de cobre para aumentar su solidez; i a ninguna de aquellas que pertenecian a magnates hacia falta, a guisa de adorno coronando el porton, un empingorotado mojinete triangular, en cuyo centro se veian esculpidas las armas que acreditaban la nobleza de sus respectivos dueños.

Todavía el lujo extranjero ni pensaba invadirnos; así es que los salones de nuestros ricos-homes solo ostentaban lujo chileno: en vez de empapelado, blanqueo; en vez de alfombras de tripe cortado, estera de la India o alfombra hechiza que ocupaba solo el centro del salon, i dejaba franco los lados de la pared para los asientos, cuya colocacion concordaba con las rijidas apariencias morales propias de aquel entónces; porque los destinados a las señoras se colocaban siempre en el costado opuesto a aquel donde solo debia sentarse el sexo masculino. Dedúcese de esta poco estratéjica colocacion para las amorosas batallas, la mutua angustia de los enamorados, aunque es fama que ellos se desquitaban despues, ya por entre las rejas de las ventanas que daban a la calle, ya por sobre las bardas de las paredes de los corrales. Por lo demas, mesas de madera con embutidos de lo mismo, junto con sus blandones de maciza plata, ostentaban imájenes religiosas, pastillas adornadas del Perú, pavos de filigrana de plata, i mates, manserinas, zahumadores i pebeteros del mismo metal. El adorno de las paredes se reducía a uno o dos espejos con marcos de recortes de espejitos artísticamente acomodados, uno que otro cuadro del santo de la devocion de la familia, i tal cual espantable retraton de algun titulado antecesor hecho por el estilo del buen Jusefus Jil. El alumbrado de todo el retablo se hacia con velones de sebo, i en los inviernos se templaba el aire del salon con brasas de carbon de espino colocadas en un poderoso brasero de plata maciza con su guapa tarima en medio del aposento.

Las familias ménos acomodadas ostentaban en sus salas de recibo el mismo lujo que las ricas; pero en menor escala, porque, salvo la presencia del piano forte, mui escasa entónces, o la del clave, instrumentos que el pobre suplía con la guitarra arrimada a la pared, i la de la alfombra entera, que el pobre suplía tambien con una tira de jergon colocada sobre una tarima bajo la cual se sentía el retozo de algunos *cuisitos*: ver una sala de recibo bastaba para poder dar a las demas por vistas.

No sucedía lo mismo con el lujo exterior, cuyo símbolo principal era la calesa, pues semejante carruaje solo por nobles era usado. Este espantable vehículo, con ruedas por detras, con una fila de clavos jemales enhiestos en la tabla que les servía de union, para evitar que los niños de la calle aumentasen con su peso, el abrumador del armatoste, con sopandas de cuero, con yantas a pedacitos sujetas en las camas con monstruosas estoperoles, era para la jente acomodada arca de Noé tirada por una sola mula, sobre la cual, para mayor abundamiento, se rellenaba el auriga, zambo gordo con su correspondiente poncho i sombrero guarapon.

Las calles que atravesaba dando coscorrones este dijestivo vehiculo, en vez de convexas, eran cóncavas, i por su centro, orillado de pedrones, corrian regueros del Mapocho.

No carecia de chiste lo que llamaban alumbrado público. Consistía éste en un farol que la policia obligaba a costear a cada uno de los vecinos del buen Santiago, para que, colgado en el umbral de la puerta de la calle, alumbrase con una velita de sebo, algo siquiera de las solitarias calles, en las primeras horas de la noche. Mas, como la policia no fijaba ni la clase de farol, ni el tamaño de la vela, faroles de papel i agonizantes i corridos cabitos de sebo, lanzaban desde muchas puertas una mezquina i opaca luz sobre las no mui limpias veredas que tenian al frente, i digo no mui limpias, porque, si medio siglo despues, aquellas garitas de aseo que bautizó el pueblo con el nombre de *Chaurrinas*, no fueron aceptadas, dejo al lector deducir lo que seria el tal aseo medio siglo ántes. Así es que para evitar indecentes encuentros, las damas que salían a visitar de noche, iban siempre precedidas de un sirviente que, armado de un garrote i provisto de un farol, se detenía a cada momento, ya para alumbrar el pasaje de las acequias, que corrian a cara descubierta por el medio de las calles derechas, ya para hacer lo mismo en el de las subterráneas de las atravesadas, cuyos desbordes que llamaban tacos, inundaban con asquerosas avenidas trechos estensos de la vía pública.

Pero no se crea que porque hablamos de garrotes i de farolitos, pretendemos sentar que la capital del Reino de Chile carecia entónces de policia nocturna de seguridad; porque esa policia existía i con el curioso nombre de *Serenia*, así como sus soldados con el de *serenos*; si bien hasta ahora nadie ha podido adivinar si este nombre proviene del sereno que cojía el guardian en las noches claras, o bien de la serenidad

con que aguantaba los aguaceros en las noches turbias. El sereno a su privativa obligacion reunia la de asustar al Diablo i la de ser el reloj i el barómetro ambulantes del pueblo. Oíanse a cada rato, en las silenciosas horas de la noche, los desapacibles berridos de estos guardianes, quienes tras un destemplado i estrepitoso ¡*Ave Maria Purisima!* gritaban la hora que sonaba el histórico reloj del templo de la Compañía, i en seguida el estado atmosférico.

Un día, despues de recorrer las casas del barrio, entró en la de mis padres, con gran séquito de muchachos i de curiosos, una bandeja que, bajo una añascada servilleta, ocultaba en su centro un misterioso bulto. ¿Qué podria ser aquello? ¿Por qué se daban tanta prisa en santiguarse las beatas al aproximarse a la bandeja? ¡Qué otra cosa habia de ser sino que allí estaba en cuerpo i alma el mismísimo zapato del Diablo, con sus clavos gastados, su talon caído i su azufrado aliento! Decia la crónica de entónces, que la noche anterior, al atravesar el Diablo la plazuela de la Compañía, caballero sobre otro diablo introducido en una yegua, tuvo tal susto al oír un inspirado ¡*Ave Maria!* que le disparó un Sereno al cantar la hora, que sobrecojido perdió los estribos, i que al volar maldiciendo i dándose asimismo calle abajo, se le habia caído aquel zapato.

Exhibiciones que tan a lo vivo como ésta, manifestaban el estado de inocente credulidad en que nuestro pueblo se encontraba en la época colonial, no eran escasas; pues yo recuerdo haber visto despues de la batalla de Chacabuco, otra bandeja igualmente andariega i misteriosa, en la cual, en vez de un sucio chancleton, se veia un celemin de colitas de marrano, que pasaban por apéndices tracersos, cortados por nuestros soldados en el fragor de aquélla refriega, a los Sarracenos, nombre que tambien se daba entónces a los militares peninsulares.

Pero, si es cierto que Santiago no gozaba de aquellas regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman *comfortable*, tambien lo es que a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta i leal confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venian de otro barrio a avecindarse en el suyo; pues al recado de felicitacion se unia siempre el ofrecimiento de la paila i de la jeringa. Esta confraternidad subia de punto para con los deudos i convidados, sobre todo a la hora de comer. La dueña de casa, a poco de principar la comida, buscaba solícita en su propio

plato o en el de aceitunas, que nunca hacia falta en la mesa, un apetitoso bocado, i elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecia con gracioso ademan al convidado, quien, haciendo con presteza otro tanto con su tenedor, devolvía a la dama la fineza con un cortes saludo. Cuando se servia algun guiso o alguna notable confeccion culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquel de sus amigos o parientes que mas gustaba de este bocado, i en el acto, colocado en una fuente con tapa, un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto todo con una añascada i limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto nada era en comparacion del recado que acompañaba el obsequio, recado que era, es, i será mientras vivan hombres en el mundo, la quinta esencia de todas las finezas habidas i por haber. Decia así: «mando a usted ese bocado, *porque me estaba gustando.*» Ese *me estaba gustando*, que tan poco se usa en el día en parte alguna, por lo difícil que es al hombre traducir en hechos su significado, se usaba entónces en Chile; i a fe que si el buen Victor Hugo le cojiese a mano, si para traducir el sentido de la porquería que dijo el irritado Cambrone empleó pájinas enteras, para el *me estaba gustando*, escribiría tres tomos.

El bello sexo santiaguense del año 14 merecia, sin ser tan artificioso en su atavío como lo es el del día, el nombre de bello que siempre le ha asentado.

El adorno de la cabeza se reducía, en vez de sombrero europeo, al propio e incomparable cabello de la mujer chilena, a la airosa mantilla, i a tal cual flor recién cojida del jardín. Las niñas lucían simples trenzas i solo *levantaban moño* cuando se casaban. Lo que es polvo de arros, velutina, brillantina i cuantas trampas terminan en ina, no se merecian en aquella época; pero a trueque de todas ellas, nunca dejó de oirse a todas horas en las calles de Santiago la voz chillona de una vieja que de puerta en puerta repetía: *¡Oblea! Pajuela! Soliman crudo!* Era lo primero unas hostias mal hechas de las cuales cortaba con tijera, el que escribía, cuadros para pegar el cierro de sus cartas; lo segundo, mechas de algodón azufradas que desempeñaban las funciones de los fósforos del día; i lo tercero, el precursor obligado de todos los afeites femeninos.

La palidez i las ojeras, solo indicaban entónces enfermedades, calaveradas o malas noches, i nunca la echaron de cebo para atraer enamorados, ni de galas de hermosura, como sucedió despues. Merced a la sencillez i a la limpieza del vestido corto, nunca profanado por la tierra

i las innundicias de la calle, lucia en todas partes la airosa santiagueña uno de sus mas inocentes i poderosos atractivos, aquel pulido i bien calzado pié que nunca deja de admirar la raza sajona cuando visita las rejiones meridionales; asi es que ni en la mente mas estravagante pudo detenerse entónces la estrafalaria idea que algun dia llegase la mujer chilena, por espíritu de imitacion, a ocultar su pié bajo los polvorosos pliegues de una asquerosa escoba de barrer calles, que no es otra cosa el traje rico i arrastrado que ahora llevan. Ocurriósele en aquél tiempo a una bisoja, pero elegante i acaudalada moza española, encubrir su defectuoso mirar echándose al descuido i con cuidado sobre el ojo izquierdo un crespo de sus preciosos cabellos, i las chilenas encubrieran uno de sus dos luceros, por entrar en la moda. Quiso una barrigona embarazada dar a sus dos contrapuestas prominencias una forma mas aceptable, i se caló el guarda infante, que acabó por erinolina, i las doncellas chilenas, sin tener infantiles que guardar, se plantaron tambien su guarda infante. A otra vieja francesa, por encubrir las arrugas de su frente, se le ocurrió desparramar sobre aquel eriazó un borbollon de crespos postizos, i las chilenas ocultaron i siguen ocultando su hermosa i tersa frente, con esos estravagantes apéndices que solo pueden caer bien a las viejas i a los caballos. Pero consolémonos, pues todas estas trampillas no alcanzan solo a la mujer chilena, porque son importadas.

Embrionaria por demas era la educacion escolar en aquel pasado tiempo; la que se daba a la mujer se reducía a leer, a escribir i a rezar; la del hombre que no aspiraba ni a la iglesia ni a la toga, a leer con sonsonete, a escribir sin gramática, i a saber de saltado la tabla de multiplicar, con aquello de *fuera de los nueve*. Olvidábaseme decir que el alfabeto tenia una letra mas de las que ahora tiene, la cruz de Malta, que precedía a la letra A, i que se llamaba Kristus.

Nuestras escuelas de hombres, donde concurríamos niñitos hasta de 17 años de edad, todos de chaquetas i mal traídos, no por falta de recursos, sino por sobrado desastrosos, apesar del látigo i del mango del plumero manejados con bastante destreza por nuestros graves antecesores, se reducían a un largo salon partido de por medio por una mesa angosta que dividía a los educandos en dos bandas, para que pudiesen mejor disputarse la palma del saber. Uno de los costados de la mesa llevaba el nombre de Roma, el otro el de Cartago; i un cuadro simbólico representando la cabeza de un borrico, de cuyo hocico colgaba un

látigo i una palmeta, era por su mudable colocacion el castigo del vencido o el premio del vencedor.

El profesor o *domine*, quien, como todos los de su especie entónces, podía llamarse don Tremendo, ocupando en alto una de las cabecera del salon, ostentaba sobre la mesa que tenia por delante, al lado de algunas muestras de escritura i de tal cual garabeatado *Caton*, una morruda palmeta con su correspondiente látigo, verdaderos propulsores de la instruccion i del saber humano en una época en que se encontraba sumo chiste i mucha verdad al dicho brutal: *La letra con sangre entra*.

En cuanto a la educacion superior, peor es meneallo, porque todo lo aprendiamos en latin, para mayor claridad. Del estudio especial del idioma español, ¿para que hablar? ni ¿quién podía perder tiempo en ponerse a estudiar un idioma que todos naciamos hablando? Como diz que se espresó, por mal de sus pecados, el buen don Juan Egaña cuando se le consultó si el estudio de la gramática castellana deberia o nó entrar a formar partê de los ramos especiales que se enseñaban en nuestros colejos. I ya que el acaso me ha hecho topar con la gramática de la academia española, no está demas que sepan nuestros sabios del dia, que en 1814 ni vislumbre siquiera existia en Chile de semejante mueble. En las conversaciones que el acaso me proporcionaba tener con el distinguido patriota i sabio jurisconsulto don Gabriel Palma sobre la educacion que se daba en Chile a la juventud en aquella época, me aseguró, i este dato fué ratificado despues por los viejos jenerales Lastra i Pinto, que en 1815, siendo él profesor de latinidad en el Seminario, enseñaba a hurtadillas i como por mero adorno suplemental a sus manteistas, algunas reglas de hablar i de escribir en castellano, porque nadie se hubiera entónces atrevido a enseñar en público semejante bagatela. No habia en parte alguna ni gramáticas ni diccionarios puramente españoles, porque estas dos bases fundamentales de nuestro idioma solo comenzaron a verse entre nosotros i en mui contado número a principios del año de 1817.

Nadie podrá disputar con justicia a Palma la gloria de haber sido el primer profesor de gramática castellana en Chile, ni al jeneral don Francisco Antonio Pinto la de haber hecho terciar, por primera vez, al gobierno patrio en esta mejora de la pública instruccion, al ordenar, como ministro del interior el año de 1825, que se tuviese el estudio especial de la gramática castellana como parte integrante de los del

Instituto. Pero no quiero anticiparme, para no destruir la hilacion que me imponen las fechas.

La *cimarrá*, sustantivo chileno derivado del adjetivo cimarrón, fué seguramente inventada para los niños de mi tiempo. Concurriamos temprano a las escuelas, i por poco que tardase en abrir el profesor, nos llamábamos a huelga, i sin mas esperar, nos marchábamos al río a provocar a los chimberos para decidir quién quedaria dueño aquel día del puente de palo. En él i bajo de él, porque el río iba casi siempre en seco, nos zamarreábamos a punta de pedradas i de puñetes hasta la hora de regresar a nuestras casas, lleno el cuerpo de moretones, i la cabeza de disculpas, para evitar las consecuencias del enojo paterno, aunque siempre en vano, porque el palo del plumero nunca dejaba de quitarnos de las costillas el poco polvo que nos habian dejado en ellas los mojicones.

Cuando recuerdo que hombrecitos de 14 a 16 años andábamos todas las siestas, a hurto de nuestros padres, corriendo por tejados i desvanes pesa en mano, para apoderarnos de los *volantines* ajenos; cuando recuerdo cuánto afán costaba a nuestros padres, despues de hacernos *saludar a la jente*, el conseguir que permaneciésemos algunos momentos en la sala de recibo, i veo que los niños del día, no solo acuden a saludar sin ser llamados, sino que ni siquiera nos dejan hablar por quererse meter a jentes ántes de tiempo; cuando recuerdo que considerábamos perdido el día domingo que no habia sido empleado en correr a caballo, en enlazar, en buscar camorras, en trepar sobre los árboles, en rompernos la ropa, en embarrarnos i hasta en estender cuerda de vereda a vereda para levantar perros a la pasada; i veo ahora que juéves i domingo, se inunda de pequeños i satisfechos estudiantes nuestro principal paseo; que cada uno de ellos en los días comunes anda mejor traído que lo que andábamos nosotros en los días festivos; que a ninguno le falta baston en vez de llevar pañuelo, pues mas necesidad tienen las narices de éste, que sus infantiles piés del primero; que en todas partes se adelantan a ocupar los sofás de preferencia, sin cuidarse de cederlos a las señoras; que cuando andan juntos no se oye mas voz que la de ellos, i que cuando solos, parece por su afectada gravedad que, puesta la mente en alguna Dulcinea, anduviesen en pos de consonantes para una endecha amorosa; cuando les oigo mui orondos meter su cuchara de pan en los puntos mas delicados del derecho, en lo mas intrincado de las cuestiones relijiosas en la inconstancia de las mujeres, i hasta en el

hastío que les causan los desengaños de la vida; de veras que me siento humillado por mis antecedentes. La altura a que han llegado nuestros niños en el día, solo puede igualarse en tamaño con la hondura del abismo en que se crearon los niños de mi tiempo.

Tambien gozaban de especial sabor las diversiones públicas de aquel Santiago del recién proscrito faldellín. Las carreras de la Pampilla i del Llanito de Portales, eran los lugares donde a campo abierto i sin tribuna alguna, nobles i plebeyos acudían encaramados sobre toneladas de pellejos liguanos a disputar el premio, ya de la velocidad o ya del poderoso empuje del pecho de los caballos, diversion que, estimulada por la bebida i el canto, solía lucir por obligado postre, amen de algunas costaladas, tal cual descomedida puñalada. No ménos democráticos que las carreras, los burdos asientos del Reñidero de Gallos colocaban hombro con hombro al Marqués i al Pollero, sin que ninguna de estas dos opuestas entidades, entusiasmadas por el ruido de las apuestas i el revuelo de los gallos, se curase de averiguar la supuesta o la real importancia de su vecino. Las corridas de toros, las de gallardas cañas, se alternaban con las festividades religiosas de dentro i de fuera de los templos. Los días de los Santos de hombres ricos, la escasa música de la guarnicion de la Plaza, recorria solícita las calles i tocaba en los patios de las casas de los pudientes que enteraban año. El ceremonioso contoneo, la balonilla, el calzon corto i la hebilla de oro, ordinarios acólitos de los Besamanos, contrastaban con los repiques de campanas i con los voladores i las temidas *viejas* que atronaban el aire cuando el natalicio del Rei o cuando la entrada de un nuevo Gobernador i Capitan Jeneral del Reino de Chile. Las visitas a los retablos de los Nacimientos i las *comisiones*, esas batallas aéreas de *volantines* contra estrellas hasta de cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas i enredos de cordeles, alborotaban a los dueños de casa, se llevaban las tejas por delante i ocasionaban en las calles *chañaduras* i muchas veces navajazos i bofetadas; todas estas diversiones, inclusa aquella de sacar reos de la cárcel para matar a garrotazos perros en las calles, daban golpe i materia de variada conversacion en el feliz Santiago.

Lo que es teatro poco o nada se estilaba; porque todavía los Titeres, verdaderos precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así es que mui de tarde en tarde hacian olvidar los chistes del antiguo *Josesito*, hoi *Don Pascual*, algunos espantables comediones o sainetes

que, con el nombre de *Autos Sacramentales*, solian representarse en los conventos.

Siempre entraban en estas composiciones religiosas, mui celebradas entónces, su San Pedro, su San Miguel con aquello de

Yo soi el ángel que vengo
De la celestial esfera
Mandado del mismo Dios
Para hacerte cruda guerra;

el Rei moro, el Diablo, el gracioso, la criada respondona, i quantos otros disparates podia personificar el mal gusto.

Concordaban a lo vizcaino los trajes con las personas que debian caracterizar, i solo faltó para su incuestionable perfeccion, que algun roto saliera haciendo de Julio César con botas granaderas i su guapa chapa de pedreñales en la cintura.

Puede calcularse cuán en mantillas estaría el teatro el año catorce por lo que era el año de veinte, i esto que tenia por padre i por sostenedor a un hombre tan activo, tan intelijente i patriota como lo era don Domingo Arteaga, sin cuyo celo quién sabe cuánto tiempo mas hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *chingana* de ña Borja! A este activísimo empresario debemos la ereccion del primer teatro chileno, fundado el año 18 en la calle de las Ramadas, trasladado el año 19 a la de la Catedral, i colocado de firme el año de 20 en la antigua plazuela de la Compañía, hoi plaza de O'Higgins.

Como la moralidad de las representaciones teatrales era cuestionada por los rancios partidarios del Rei, los Patriotas, convirtiendo el teatro en arma de combate, despues de escribir con gordas letras en el telon de boca estos dos versos de don Bernardo de Vera:

Hé aquí el espejo de virtud i vicio,
Miraos en él i pronunciad el juicio,

establecieron como regla fija que el teatro se abriera siempre con la cancion nacional, versos del mismo Vera i música del violinista don Manuel Robles, i que solo se representaran en él, con preferencia a otros dramas, aquellos que, como *Roma libre*, tuviesen mas relacion con la situacion política en que el país se encontraba.

Como quiera que fuese, en el teatro ni actores ni espectadores se daban cuenta del papel que a cada uno correspondia. En el simulacro de las batallas, los de afuera animaban a los del proscenio; en el baile, los de afuera tamboreaban el compas, i si alguno hacia de escondido, i otro parecia que le buscaba inútilmente, nunca faltaba quien le ayudase desde la platea diciendo *bajo la mesa está*. Recuerdo dos hechos caracteristicos. Fué una vez pifiada aquella afamada cómica Lucía, que era la mejor que teniamos, i ella en cambio i con la mayor desenvoltura, increpó al público lanzándole con desdeñoso ademan la palabra mas puerca que puede salir de la boca de una irritada verdulera. Fué llevada a la cárcel, es cierto; pero tambien lo es que al siguiente domingo, mediante un cogollo o *pecavi* que ella confabuló para el público, éste la comenzó a aplaudir de nuevo. En la platea figuraban siempre en calidad de policia tres soldados armados de fusil i bayoneta: uno a la izquierda, otro a la derecha de la orquesta i el tercero en la entrada principal. Principiaba entónces el uso de no fumar en el teatro; pero un *gringo*, que no entendia de prohibiciones, sobre todo en América, sin recordarse que tenia el soldado a su lado, i sobre su cabeza el palco del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, sacó un puro i mui tranquilo se lo puso a fumar. El soldado lo reconvino, el *gringo* no hizo caso; pero apenas volvió el soldado a reconvenirlo con ademan amenazador, cuando saltando el *gringo*, como gato rabioso, empuña el fusil del soldado para quitárselo, i se arma entre ambos tañ brava pelotera de cimbrones i de barquinazos, que Otelo i Loredano desde el proscenio, i los espectadores desde afuera, se olvidaron de la enamorada Edelmira, para solo contraerse al nuevo lance. O'Higgins, que no quiso ser ménos que todos los demas, sacando el cuerpo fuera del palco, con voz sonora gritó al soldado: ¡*cuidado, muchacho, como te quiten el fusil!* Envalentonado entónces el soldado, desprendió el fusil de la garra británica, i de un esforzado culatazo tendió al *gringo* de espaldas en el suelo. ¿I qué sucedió despues? Nada. Se dió por terminado el incidente i Edelmira volvió a recobrar sus fueros.

Pero todo era solaz i recreo en el Santiago de la patria vieja i de San Bruno, porque la seguridad individual que se gozaba en él caso no merecia semejante nombre. A cada rato corria de boca en boca a falta de diarios noticiosos, que algun salteo o algun asesinato se habia perpetrado en alguno de los conocidos centros del crimen, como ser Pasos de Guchuraba, San Ignacio, Portezuelo de Colina, La Dormida,

Cuestas de Prado i de Zapata, Llanos de Peñuelas i otros lugares cuyos nombres omito, porque no estaban, como lo estaban éstos, en tan frecuente contacto con la capital.

Los viajes se hacian a caballo; mas ninguno viajaba sin su chapa de pistolas, su machete i muchas veces sin su naranjero, antigua ametralladora en cuya boca, que parecia trompa, se echaba para cargarle un puñado de balas.

Allá por los fines de cada setiembre, época de los rodeos, se notaba gran movimiento de carretas, de mulas i de *huasos* a caballo en las puertas i en los patios de las casas de los hacendados, que se disponian a marchar con sus familias hácia sus propiedades rurales. Las carretas, único vehículo que en los viajes usaban las señoras, los niños i las criadas, eran unos pesadísimos i antidiluvianos armatostes, cuyas toscas ruedas llevaban por llantas burdos trozos de algarrobo sujetos con estacas de lo mismo, i por ejes, gruesos garrotes de madera, hechos, como vulgarmente se dice, a punta de hacha, que no dejaban de chirrear desde el momento de ponerse en marcha hasta el de llegar a su destino. Solo 26 años despues, esto es, el año de 1830, se introdujo por primera vez en Chile el uso de la llanta de fierro, para mejorar esta importante Arca de Noé. En ella, junto con los colchones que cubrian el centro, para mitigar la fuerza de los golpes que le hacian dar las desigualdades del piso de los caminos, i la cortina de seda que adornaba su entrada, se veia siempre figurar con el mas amigable i franco consorcio, señoras, criadas, niños, canastos con naranjas, canastos con huevos duros i con fiambres, canastitos de dulces de las Recojidas, el tiesto íntimo de plata macisa, la harina tostada, el charqui para valdiviano, el terrífico instrumento del bitoque i la siempre consoladora guitarra. Con este ajuar, i al lento paso de pesados bueyes, se llegaba al cabo del dia, despues de sufrir un sol abrasador, a unos simulacro de posadas o de ventas, donde todo faltaba ménos la incomodidad. En cuatro dias se llegaba a Valparaíso, i en mas o ménos tiempo a las haciendas a donde se dirijian las caravanas primaverales.

Los comerciantes de Santiago ocurrían con frecuencia para el abasto de mercaderías a Buenos Aires, desde cuya plaza, a lomo de mula, i al través de las peligrosas laderas de los Andes, internaban en Chile los efectos que no les era dado encontrar en la aldea de Valparaíso.

¡Cuánto tiempo no se perdía entónces, cuánta vida no se malgastaba en puros viajes!

No solo, pues, debe buscarse la causa del atraso en que yacen algunas naciones en las instituciones políticas que las rijen. El forzoso aislamiento en que se encuentran en sus respectivas residencias los hijos del mismo país, la falta de continuo i fácil contacto entre unos i otros, concurren a una, con las malas instituciones, al lamentable atraso del comercio, de la industria i al de la misma civilización. Los caminos i la supresión de las distancias hacen al hombre mas social, prolongan su vida útil, i con la esperiencia que esta da, mejora en todos sentidos su condicion.

Quien vió a Santiago el año de 1814 i lo tornó a ver el de 1825, pudo decir con fundamento: o los grandes acontecimientos políticos i sociales recién desarrollados en este pueblo no le han dado siquiera tiempo para vestir un traje ménos raído, o Santiago ha nacido para eternizarse como se está.

El Santiago material del año catorce salvo escasísimos retoques, era el mismísimo del año veinticinco. Solo porque no se me enfaden los santiagueños nacidos el año de 1830 no quiero traer, con detalles, a la memoria los sustos que pasábamos en la feliz Cañada, cuando escapada alguna vaca del inmundo matadero de San Miguel, perseguida con temerosa algazara por perros i por *huasos* de a caballo, atravesaba furiosa aquel paseo llevándose por delante cuanto encontraba. Cierto es que el año de 1830 ya no tenia que andar, forzosamente el Presidente con banda laere i rapacejos de oro, como lo es tambien que ya ese año comenzó la derrota de las pesadísimas calesas, la feliz aunque lenta introduccion de birlochos i de coches, aunque para ser justos es fuerza no olvidar que los tales carruajes se lavaban en plena calle a fuerza de abluciones de agua de la acequia lanzadas sobre el vehículo a punta de *mate* o de cáscaras de sandías.

Pero no nos burlemos de modestas cunas; las andrajosas aldeas Santiago i Concepcion fueron las de nuestros padres, i de entre aquellos andrajos se alzaron los gigantes a quienes debemos patria i libertad.

Descrito sobre corriendo el primer teatro de mis pasados tiempos, voi a seguir consignando, segun el órden númeroico de los años, trascurridos, lo poco que la edad no ha podido aun borrar de mi memoria.
